

Saturno

SARAH CHICHE

Traducción de Álex Gibert

Título original: *Saturne*

© Sarah Chiche et les Éditions du Seuil, 2020

Este libro se ha beneficiado de una ayuda a la traducción del Centre National du Livre (CNL).



© de la traducción: Álex Gibert, 2021

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2022

Rambla de Catalunya, 131, 1^ª-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Diseño del *collage* de cubierta:

© Edicions del Periscopi / Tono Cristòfol (2022)

Fotografía de la mujer del *collage* de cubierta:

© Vectortwins / AdobeStock (2022)

Imagen de la solapa: Manuel Lagos Cid / *Paris Match* (2019)

ISBN: 978-84-124199-3-1

Depósito legal: B4129-2022

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Palacio del Gobernador, Argel.

A los vulnerables y los dolientes

PRÓLOGO

Entraba el otoño. Hacía ya dos días que lo velaban. A la mañana del tercero sus miradas se ensombrecieron. Su madre se había desplomado en una silla de un rincón. Tenía sobre el regazo un pañuelo rojo de sangre. Su padre, junto a la cabecera de la cama, le acariciaba la frente como quien arrulla a un niño muy pequeño. Su mujer lo cogía de la mano. Tenía los dedos amoratados de frío. Las mejillas, pálidas. Su belleza rubia y algo impúdica resplandecía en un vestido demasiado ostentoso. Él yacía en la cama, inmóvil, ensimismado, sin otra forma de comunicarse que escribiendo en una pizarrita que tenía siempre a mano. Le habían puesto una sonda en la tráquea, conectada a un respirador artificial; un tubo le salía de la nariz. Cada cierto tiempo su mirada se desplazaba del monitor que registraba su frecuencia cardiaca, su índice de oxígeno en sangre, su tensión arterial y su temperatura, al rostro de su mujer, para regresar luego al monitor y de nuevo posarse en el rostro de su mujer. La miró. La miraba. Sus ojos. Sus manos. Sus labios. Los silencios compartidos. Las palabras. Las alegrías. Las penas. Los recuerdos. Percibía la presión de sus dedos en los suyos. Miró aquella mano que agarraba la suya como cuando ella estaba al borde del orgasmo y él

tomaba su cara entre las manos para besarla y ambos entrelazaban los dedos y ella ladeaba la cabeza, ocultando los ojos bajo el mechón de pelo que le caía acaracolado sobre la boca, de pronto más distante de aquel hombre que la amaba hasta abrasarse, convertida en la noche en la que ambos se precipitaban.

Los primeros síntomas se habían manifestado cuando no llevaban ni un año de casados. Ella acababa de dar a luz. Habría de pasar su matrimonio cuidándolo. Todos los días lo ayudaba a ducharse, a lavarse los dientes, a vestirse. Por las noches dormía junto a su cama, acurrucada en un sillón. A su lado se había enfrentado a las fiebres, los sudores nocturnos, las pesadillas de las que despertaba tiritando en sus brazos, la anemia, los desvanecimientos, los trastornos de la coagulación, la quimioterapia, las inyecciones, las muestras de sangre, los hematomas que cubrían los brazos y obligaban a pinchar en las manos, el cuello o los pies, las venas que se replegaban bajo la piel, desaparecían, se necrosaban. Luego llegaron las visitas al hematólogo, la espera de los resultados, las esperanzas de remisión, las alegrías infundadas, la recaída.

Deslizó un pulgar por el interior de la manga de su mujer.

Envejecería sin él. Quería que ella envejeciera. Aquel rostro junto al cual le habría gustado ver crecer a su hija, aquel rostro de una belleza diabólica que él había movido a la risa, con lo poco risueña que era, que había filmado, fotografiado, venerado, acariciado, acabaría por marchitarse. Solo que ella nunca envejecería. Pese a las arrugas, conservaría aquellos ojos de fauno, aquella sonrisa de fiera que lo había cautivado desde el primer momento, a él y a tantos otros, y que seguiría cautivando a muchos más, de eso estaba convencido, pues era una criatura sin memoria y no tenía historia. Acaso aquella idea le infundiera un pro-

fundo sentimiento de piedad; no por sí mismo, como cuando uno se percata de que jamás llegará a colmar al otro y, en el fondo, es bien poco lo que sabe del ser junto al que duerme, sino por ella, porque tampoco ella se conocía. Le entró el ahogo.

Su madre pegó un brinco de la silla y se acercó. Sus cabellos, que llevaba varios días sin cepillar, se le apelmazaban detrás de la nuca en un nudo esponjoso. Tenía el semblante descompuesto por la falta de sueño y los ojos le caían hasta las mejillas. En su estela flotaba un olor a lavanda y sudor. Los ojos de su mujer adquirieron un brillo de cristal frío. Se alejó de la cama siguiendo una trayectoria casi simétrica y arrugando la nariz. La madre, que no perdía ripo, la ignoró y se puso a hablar. Largos minutos habló sin parar, pero nadie habría podido adivinar de qué hablaba exactamente. A él sus largos monólogos intercalados de gemidos solían resultarle insoportables, pero esta vez le encontró a su madre un punto cómico enternecedor. Se debatía como una bestezuela atrapada en un saco negro de angustia del que nadie había sido capaz de sacarla, pero que a él ya no le incumbía. Se fijó en su piel lechosa, en las pecas que cubrían sus antebrazos. Su madre le dijo algo más, pero él había dejado de escuchar, perdido en la contemplación de la arruga que atravesaba la mejilla de su padre, en la que no había reparado hasta entonces. Observó la palidez grisácea que había desteñido su tez aceitunada, sus ojos orlados de sombras. La convicción de ser el causante del precipitado envejecimiento de sus padres, de que el agujero negro que lo absorbía a él los absorbería también a ellos, le resultó insoportable. Había llegado la hora de librarlos de él.

Llegó una enfermera vestida de verde. Bajó las persianas. De guardia. El cansancio reflejado en sus facciones. Acababa de acostarse para echar una cabezada cuando la

llamaron. El día que lo ingresaron le habían dicho que era un paciente un tanto particular, que la familia podía quedarse después del horario de visitas. Es más fácil cuidar de los enfermos cuando uno los conoce un poco; aunque uno sepa que posiblemente no vayan a salvarse, el recuerdo de quiénes fueron y del compromiso contraído de cuidarlos hasta el fin ayuda, en ocasiones, a salvar a otros. Así pues, la enfermera pidió explicaciones. Y acabaron por decirle quiénes eran.

Lo habían perdido todo y lo habían recuperado con creces. Él, el padre, había trabajado sin descanso. Decían que no dormía nunca. Había amasado una fortuna inmensa. Clínicas, incontables residencias, y hasta un castillo. Tenían cocineros, criados, jardineros y una flota de automóviles. No se habían privado de nada, pero también eran generosos y cuidaban de sus empleados más modestos, aunque en su largueza hubiera quizá un punto de vanidad o de compasión, de paternalismo. En todo caso, daban trabajo y hasta alojamiento a cientos de personas. Habían formado a cirujanos, internos, anestesistas, reanimadores y radiólogos por docenas y habían vivido con ellos las sucesivas revoluciones: los primeros antibióticos, los primeros trasplantes de corazón, las primeras laparoscopias. Habían tratado a miles y miles de personas en Argelia y en Francia. Pero cuando se acercó al padre del joven paciente para saludarlo en voz baja, la enfermera no reconoció al hombre que los periódicos llamaban «el Príncipe de las Clínicas». No vio más que a un anciano que estaba perdiendo a su hijo.

Leucemia.

Fue ingresado de urgencias tras un vahído en el baño, justo cuando todos confiaban en su restablecimiento. Viéndose de nuevo con fuerzas, había querido bañarse a solas y había perdido el conocimiento, golpeándose la cabeza contra el borde de la bañera. Durante la conmoción había

vomitado. Lo habían encontrado flotando boca abajo, sangrando por la nariz, la tráquea y los bronquios inundados de vómito. Lo habían intubado. Habían aspirado las secreciones que obstruían sus vías respiratorias. Lo habían conectado a un respirador. Le habían practicado una perfusión. Y había abierto los ojos.

Su hermano entró como una exhalación. El paciente observó cómo su madre corría a abrazarlo y su mujer se atusaba el pelo apresuradamente. Se acercó a la cama y le preguntó si quería que le subieran las almohadas de la cabecera o le cambiaran las que soportaban sus brazos. Lo repitió varias veces: ¿quieres que te suban las almohadas? Durante los primeros meses de su hospitalización, la mera visión de su hermano lo enfurecía. Le lanzó ahora una mirada abatida y amarga mientras este se desasía del abrazo de su madre. Pero esta vez, por alguna razón, acudieron a su mente los mejores momentos que había pasado a su lado. Lo embargó una certeza abrumadora: la vida que había merecido la pena compartir con él se circunscribía a su infancia. El dolor de pulmón volvió a asaltarlo. Desvió la mirada. Todos se pusieron a gritar de espanto.

Llegó corriendo una segunda enfermera, escoltada por una auxiliar. Lo tendieron sobre el costado. Reagruparon con la mayor delicadeza los tubos que lo conectaban a las máquinas y las vías intravenosas. Le aumentó el pulso. El respirador se aceleró. Lo inmovilizaron con una mano en el pecho y la otra en los muslos. Le limpiaron las orejas, las comisuras de los ojos, le pasaron una manopla húmeda por el pecho, por el pene, entre las nalgas, tiraron la manopla y cogieron otra. Le lavaron la espalda. Las enfermeras deambulaban como espectros en sus batas verdes. Sus ojos entreabiertos le sonreían pese a la mascarilla. Contempló las gotas translúcidas de la vía que llevaba en el antebrazo izquierdo, cayendo una tras otra en la bolsa de plástico. La

luz se hizo más viva, más fuerte. En el ocaso de la vida, hasta el más anciano regresa a su primera infancia. Dormimos todos como niños de pecho. Durante los primeros meses le aterraba el letargo en que lo sumía el avance de la enfermedad y el propio tratamiento. Más tarde le resultó un alivio que aguardaba como uno aguarda al anochecer un cuento, en el lecho de su niñez, siempre el mismo, leído por una madre que nunca le va a fallar. Se durmió.

La hora había pasado. Una luz azulada bañaba la cama, las máquinas y sus contornos. La puerta de la habitación 16, abierta, daba a un pasillo que olía a antiséptico y jabón suave. De las habitaciones que se sucedían a ambos lados del pasillo llegaba el rugido de los respiradores artificiales, la alarma automática de alguna bomba de infusión o un monitor, los llantos. En las unidades de cuidados intensivos suele haber pocas habitaciones; y en aquella, ubicada en la planta baja de un edificio que lindaba con una autopista, había dieciocho. Familias enteras velaban en algunas de ellas a sus seres queridos, mientras que en otras los pacientes morían o regresaban de entre los muertos en soledad.

Durmió buena parte del día, hasta el anochecer, y despertó en un estado de paz singular. Habían encendido los fluorescentes. Otras dos enfermeras trajinaban junto a su cama. No las había visto nunca. Tuvo la vaga noción de que el tiempo había pasado. Eran las seis de la tarde. De muchacho, aquella era su hora predilecta, tras el cambio al horario de invierno. La noche chocaba de repente contra el día. Se iba a tomar un té muy caliente a la sala hispano-morisca del café de la mezquita de París, siempre solo, o se acercaba paseando hasta el mercadillo de la ribera del Sena para buscar libros antiguos de botánica o anatomía o cajas de cartón ilustradas. No rehuía la soledad ni el silencio. Solía encontrar en ellos su mayor felicidad.

Su padre se acercó y lo miró a los ojos. Le susurró unas palabras al oído. Después de dos aplazamientos debidos a unas revisiones de última hora, la sonda Voyager 1 había sido lanzada al espacio para reunirse con su hermana gemela, la Voyager 2, que había partido unas semanas antes. La noticia le llenó de alegría. A sus ambiciones siempre había antepuesto los misterios de las estrellas, las películas, los libros viejos. Y a su mujer, Ève. No llegaría a ver las imágenes de Saturno, ni las de ningún otro gigante gaseoso. Tal vez tratara de imaginar los años que le quedaban a su familia para seguir flotando en el vasto océano subglacial de su derecho a ser lo que eran, cuando acaso no hubiera nada, ningún Dios, ningún sentido para justificar que el bien consistía en comportarse así o asá, cuando ni siquiera estaba claro que existiera ningún bien ni que fuera pertinente luchar por seguir existiendo.

Lo velaron una última noche. Y llegó la mañana. Sus rostros sobrios y afligidos, sus esfuerzos por dominar su desesperación, le produjeron cierta pena que se diluyó en indiferencia. Porque sabía lo que había detrás. Era el orgullo, era el ansia disfrazada de hastío, era el placer de simular la vida en aquel derroche constante. Era la riqueza, una riqueza inmensa, espantosa, despreciable, pese a los excesos más obscenos y los gastos más delirantes, una riqueza que resistía, no como fuerza audaz y jubilosa, sino como saciedad absoluta, como tedio y vacuidad del alma. Era la melancolía repulsiva de una sucesión interminable de fiestas para seguir celebrando un mundo que ya no existía, el mundo que los había moldeado, que los había encumbrado a un olimpo neogótico de pacotilla para moler luego sus huesos y arrojarlos a todos al abismo de contradicciones abyectas y malos pensamientos donde se pudrían desde entonces y seguirían pudriéndose incluso tras su desaparición. Y todo por culpa de aquel dineral, de aquella afluencia, de aquellos

fajos de billetes que a la postre no habían podido comprar el amor ni curarlo a él, y que habían terminado por enloquecerlos a todos, condenándolos a la excelencia, así como a la mediocridad de su propia hipocresía, a la arrogancia y a las mentiras sin grandeza, o sea, al infierno.

Pensó en el vértigo que les había producido la súbita aceleración del mundo, el horror de la guerra, Argelia, su Argelia, el drama de aquel exilio de derrota y pánico que sucedió a una independencia a favor de la que él mismo había militado con tanto secreto, sucesos todos que habían afrontado con su valor, con su sentido del honor y de la gloria, y con el desprecio de quienes se creen inmortales. Quizá se avergonzase por ellos, de ellos, de ser miembro de su familia. Quizá se acordase también de sus propias mentiras, las mentiras en las que había caído por cobardía, por sentirse querido, por amor al juego y a las mujeres, por el amor de una mujer que había eclipsado todo el resto, incluido el bacarrá, el póquer y la contemplación de las estrellas. Solo entonces se derrumbó su indiferencia y lo invadió la compasión.

Él no pidió ver a su hija por última vez y los demás juzgaron que aquel no era el espectáculo más indicado para una niña de quince meses. Así que me quedé en casa a esperar que volviera. Con un gesto les indicó que quería escribir. Trató de asir la pizarra que tenía en la mesilla de noche. Se le cayó al suelo. La recogieron. Se la dieron. Muy lentamente, con un rotulador, escribió: «Mi mujer, mi hija». Le tendió la pizarra a su hermano. Los dos se miraron. Sus ojos sonreían. Todos guardaron silencio. Todo el mundo seguiría hablando, años más tarde, de la terrible dulzura de aquella última sonrisa. Luego cerró los ojos.

La puerta de mi habitación se cerró de golpe. La niña les contaría luego con un hilo de voz que había mirado a

uno y otro lado, pero no había nadie, nadie más que yo, sentada entre mis cubos en aquella habitación cuya puerta se había abierto sola de par en par, para cerrarse acto seguido con una violencia inaudita, sobrenatural. Aunque es cierto que una ventana del pasillo estaba entreabierta y, pese al día espléndido que hacía, probablemente se tratara del viento.

Al mismo tiempo, en la habitación 16 del hospital, al paciente se le agarrotaron los dedos de las manos y los pies. Sus uñas adquirieron un tono marfil. Las sienes y las mejillas se le arrugaron como un paño. Tenía los ojos inmensos, agónicos, desorbitados.

Más tarde me dijeron que se había ido sin dolor. Me dijeron que era lo que quería. Me dijeron que era feliz. Cuando me armé de valor y les pedí una explicación, acabaron por decirme que la cosa sucedió más o menos así: le costaba respirar. Se ahogaba. Se ahogó. El ruido que hacía era espeluznante.

Abatidas las últimas defensas, mi madre soltó un grito. La sacaron de allí. Su madre, la del paciente, no era más que un charco de lágrimas. Estrechaba su mano entre las suyas mientras mascullaba palabras de niña asustada. El corazón se detuvo a mediodía. Con treinta y cuatro años recién cumplidos. Murió en brazos de su padre, que murió a su vez de pena tres años después. Habían abrigado la esperanza de que aquello fuera tan solo una pesadilla, pero todo esto no es un sueño, todo esto es igual para todo el mundo y ni siquiera es para tanto, no es más que la vida y, al final, la muerte. Le cerraron la boca después de los ojos. Lo desnudaron. Lo lavaron. Luego se llevaron el cuerpo a su casa. Lo cubrieron, como cubrieron también todos los espejos y retratos con sábanas blancas. A mí me mantuvieron alejada de la cámara mortuoria.

Me arrancaron un retal del camisón a la altura del corazón.

Pero nadie me dijo que mi padre había muerto.

Me enviaron a Normandía. Al día siguiente lo enterraron.

A su madre le faltaron fuerzas para acudir al cementerio. Guardó cama durante meses. Cuando abrieron la cripta para bajar el ataúd de mi padre, mi madre quiso arrojar-se adentro. Estaban todos deshechos. El dolor que sentían por su pérdida era lo único que quedaba de él.

Pero para mí nada había cambiado. Mi padre seguía allí, había desaparecido.